

3673

740 243

NERUDA Y LOS CLASICOS ESPAÑOLES

por Roque Esteban Scarpa

“España ha olvidado con elegancia inmemorial su epopeya de conquista, América olvidó y le enseñaron a olvidar su conquista de España, la conquista de su herencia espiritual. Pasaron las semanas y los años endurecieron el hielo y cerraron las puertas del camino duro que nos unía a nuestra madre” (1). El *Viaje al corazón de Quevedo* de Neruda es expresivo de este descubrimiento de España en sí y de España en el ser del poeta. Un doble y simultáneo olvido ha separado a nuestras patrias: la que fue madre y entregó una sangre, un idioma, una cultura e hizo una parte —el camino duro— de su historia en nuestra tierra y nos unificó con la cultura occidental, y la resistente, inconquistada y conquistada en distintos planos de la vida humana, que penetró en aquella con *La Araucana* de Ercilla, el *Arauco domado* de Oña y de Lope, las cartas de Valdivia, las crónicas de Ovalle y de Rosales y los seis anónimos romances renacentistas de asunto y personajes araucanos.

Cuando España y Chile, en una sístole y una diástole, fueron uno, Cervantes y Garcilaso, Lope y San Juan de la Cruz, Quevedo y Calderón, Góngora y Ercilla constituían una posesión común. La ruptura del nexo político, convierte aquello en

(1) *Viaje al corazón de Quevedo*. Obras completas, T. II, pág. 13.

BOLETIN DE LA ACADEMIA CHILENA ⁵
Nº 61 SANTIAGO AÑO 1972.

una herencia espiritual, que España, en decadencia, no puede acentuar en largo tiempo, y que Chile, en su larga adolescencia como nación independiente, rechaza, para afirmar su propia individualidad. Así nacen el hielo, la dureza del hielo y la erección de puertas que cierran el camino. Pero la herencia espiritual está allí a pesar del olvido y aunque son pocos los que, en nuestra patria, la ven y desean rescatarla como esencia de nuestra cultura. A ellos se suma, en su madurez, Neruda, cuando la conoce y la aprende a amar y valorar, venciendo la separación "por siglos de océano de los padres clásicos del idioma" (2). El poeta expresa de un modo concluyente: "A mí me hizo la vida recorrer los más lejanos sitios del mundo antes de llegar al que debió ser mi punto de partida: España" (3). "Así cuando pisé España me di cuenta de una parte original de mi existencia, de una base roquera donde temblando aún la cuna de mi sangre" (4).

España debió ser su punto de partida espiritual y no pudo serlo culturalmente por ese olvido helado de su herencia y, al tiempo de su aproximación, ella se le revela conjuntamente con una zona originaria y escondida de su existencia, la base sustancial y granítica donde todavía palpita, temblorosa, la cuna de la sangre. España aparece como un segundo nacimiento del poeta, un renacer agónico, dramático, de proximidad y distancia, de amor y de condena, como, desde entonces, se puede advertir en su poesía. No en vano quien más le cautivó fue Quevedo, su padre mayor y visitador de España (5).

Quizás llegó en un momento de crisis, como se puede deducir de lo que expresa a Rafael Alberti en una poesía, y necesitaba una roca esencial, hecha de pasado y de presente, para devolverlo a su ser:

(2) *Federico García Lorca*. O. C., T. II, pág. 1045.

(3) *Viaje al corazón de Quevedo*. O. C., T. II, págs. 11-12.

(4) *Ibid.*, pág. 12.

(5) *Ibid.*, pág. 14.

Recordarás lo que yo traía: sueños despedazados
por implacables ácidos, permanencias
de aguas desterradas, en silencios
de donde las raíces amargas emergían
como palos quemados en el bosque (6).

España, en 1934, cuando Neruda fue designado cónsul en Barcelona, estaba viviendo una hora de intensidad intelectual y política. Neruda había conocido a Federico García Lorca en Buenos Aires el año anterior, y ya habían transcurrido tres años desde que la muy prestigiada Revista de Occidente de Ortega y Gasset, en la que Federico publicó parte de sus poemas antes del libro, recogiera en sus páginas anticipos de *Residencia en la tierra*: "Galope muerto", "Serenata" y "Caballo de los sueños". García Lorca le presenta, a comienzos de diciembre, en la Universidad de Madrid, como "un auténtico poeta de los que tienen sus sentidos amaestrados en un mundo que no es el nuestro y que poca gente percibe" (7). 1935 encuentra a Neruda como cónsul de Chile en Madrid. Allí colabora en la revista "Cruz y Raya", que dirige José Bergamín: unas traducciones de William Blake, una antología de sonetos a la muerte de Quevedo y de poemas del conde de Villamediana. Antes de finalizar el año, edita su revista "Caballo verde para la poesía", aparece en las Ediciones del Arbol de Cruz y Raya, *Residencia en la tierra*, recibe el homenaje de los poetas españoles con una edición de los *Tres cantos materiales*, encabezada por el testimonio de reconocimiento de una "evidente fuerza creadora, en plena posesión de su destino poético" que está produciendo obras personalísimas "para honor del idioma castellano" (8).

Al pie de este homenaje vienen las firmas de Alberti, Aleixandre, Altolaguirre, Cernuda, Gerardo Diego, León Felipe, García Lorca, Guillén, Salinas, Hernández, Muñoz Rojas, Leo-

(6) A Rafael Alberti. *Canto General*. O. C., T. I, pág. 625.

(7) Federico García Lorca. *Presentación de Pablo Neruda*. Obras Completas, pág. 147.

(8) *Homenaje a Pablo Neruda de los poetas españoles*. Ediciones Plutarco, Madrid, 1935.

poldo y Juan Panero, Rosales, Serrano Plaja y Vivanco, nombres que abarcan casi toda la poesía española de la generación del 27 y alguna parte de la llamada del 36, de aquella misma generación que dio batalla por reivindicar a Góngora, complementó la tarea de revaloración de los clásicos emprendida por los escritores del 98 y llevó a aldeas y pueblos de España, con Federico García y La Barraca, a los dramaturgos del Siglo de Oro. Neruda tenía conciencia del significado del mundo poético al que ingresaba (“desde el tiempo de Góngora y de Lope no había vuelto a aparecer en España tanto *élan* creador, tanta movilidad de forma y de lenguaje”) (9), y de la calidad intelectual y humana de sus integrantes: “España, cuando pisé su suelo, me dio todas las manos de sus poetas, de sus leales poetas, y con ellos compartí el pan y el vino, en la amistad categórica del centro de mi vida” (10). No es extraño que, a través de esa amistad, Neruda comenzara a interesarse en los valores tradicionales de la literatura española y ellos constituyeran el paisaje histórico que recién le comenzaba a nutrir (11), para terminar amándolos, aprendiendo de ellos un disciplinado rigor luminoso, su claridad profunda, la exactitud de su verbo y su riqueza, el valor del contraste, apropiándose los hasta ver en ellos una parte original de su existencia y confesar que “no hay Neruda sin todos ellos juntos” (12):

Que amen como yo amé mi Manrique, mi Góngora,
mi Garcilaso, mi Quevedo:

fueron
titánicos guardianes, armaduras
de platino y nevada transparencia,
que me enseñaron el rigor... (13).

(9) *Federico García Lorca. O. C., T. II, pág. 1045.*

(10) *Amistades y enemistades literarias. O. C., T. II, pág. 1050.*

(11) *Viaje al corazón de Quevedo. O. C., T. II, pág. 13.*

(12) *Latorre, Prado y mi propia sombra. O. C., T. II, pág. 1103.*

(13) *Testamento. Canto General. T. I, pág. 718.*

Con Vicente Aleixandre leen largamente a Pedro de Espinosa, a Soto de Rojas, al conde de Villamediana. "Buscábamnos en ellos los elementos mágicos y materiales que hacen de la poesía española, en una época cortesana, una corriente persistente y vital, de claridad y de misterio" (14).

Una edición de 1549 de Garcilaso era comprada "con emoción"; una de Góngora, impresa en el siglo XVII por el flamenco Foppens, fue adquirida, en cien pesetas, pagaderas a plazo, en casa de García Rico, "aquel prodigioso librero que parecía un gañán de Castilla", pero que accedió a tan desusada venta; una edición de Quevedo, encuadrada en pergamino, otras, originales, de Soto de Rojas y de "las nocturnas poesías de Francisco de Latorre", dos poetas favoritos de Neruda (15). Sin embargo, las obras que más se adentraron en su espíritu, fueron las del autor de quien se sintió hermano en ese instante de sueños despedazados por implacables ácidos: don Francisco de Quevedo, que, para él, sobre el paisaje histórico que recién le comenzaba a nutrir, se alzó como una "roca tumultuosamente cortada" (16). Quevedo interpreta lo más profundo y entrañable, lo adivinado y presentido por el poeta chileno: "Los mismos oscuros dolores que quise vanamente formular, y que tal vez se hicieron en mí extensión y geografía, confusión de origen, palpitación vital para nacer, los encontré detrás de España, plateada por los siglos, en lo íntimo de la estructura de Quevedo. Fue entonces mi padre mayor y mi visitador de España" (17). Padre Fundamental entre otros padres e intérprete del sentido agónico de la vida y la muerte, del tiempo que fluye y la eternidad instaurada en el tiempo, como lo siente dramáticamente en ese minuto barroco el hombre de España. Quevedo no es para Neruda una

(14) *Amistades y enemistades literarias*. O. C., T. II, pág. 1051.

(15) *Discurso con motivo de la Fundación Neruda*. O. C., T. II, pág. 1082.

(16) *Viaje al corazón de Quevedo*. O. C., T. II, pág. 13.

(17) *Ibid.*, págs. 13-14.

simple lectura, "sino una experiencia viva, con toda la rumorosa materia de la vida" (18).

Lo estudia, selecciona los mejores sonetos sobre el tiempo y la muerte para publicarlos en "Cruz y Raya", titula uno de sus extensos poemas de 1934 con el verso quevediano "Hay en mi corazón furias y penas", porque a Quevedo, hombre turbulento y temible, le considera "el más grande de los poetas espirituales de todos los tiempos", le llama "el caballero del conocimiento, el terrible señor de la poesía" que aún mantiene en su mano derecha "el taladro viviente de la creación y de la destrucción" (19).

Admira en don Francisco la plenitud de una existencia donde converge y se expresa el hombre de pensamiento y el hombre de acción, aquél que "entre la abismática ciencia de su palabra metafísica, no olvida sus deberes esenciales y contemporáneos", el grande entre los grandes, que con aquellos dolores que él llamaba trabajos, paga "su gran poesía, su inmersión en la vida de los hombres, en la política de su tiempo" (20). Quien "nada dejó de ver en su siglo" (21), por comprender la vida hubo de luchar por ella y considerarlo como un deber, actitud que se ve reflejada en el hecho de que "no hay acontecimiento de su época que no lleve algo de su fuego activo" (22). Hubo en su corazón furias y penas y ellas se conjugaron para llevarle a situaciones extremas de favor y de menosprecio, que le decantaron el ánimo, sin sojuzgárselo. "Los martirios de Quevedo, sus prisiones y sus duelos no inauguran, pero sí continúan las persecuciones a la inteligencia humana en que el hombre se ha adiestrado desde siglos y que ha culminado en nuestros últimos desgarrados años. Pero en Quevedo, la cárcel aumenta el espacio material de su poesía... Su poder sobrenatural de resistencia lo hace levantarse sobre

(18) *Ibid.*, pág. 15.

(19) *Ibid.*, pág. 10.

(20) *Ibid.*, pág. 17.

(21) *Ibid.*, pág. 10.

(22) *Ibid.*, pág. 15.

sus dolores" (23). Más tarde, Neruda, en su poesía, recordará ante la letra Q que le introduce de inmediato en la proximidad de Quevedo, ese carácter agónico del señor de la Torre de Juan Abad:

Q
de Quevedo,
(¿cómo puede pasar
mi poesía
frente a esa letra
sin sentir el antiguo escalofrío
del sabio moribundo?) (24).

y lo retratará casi en figura de postrimerías de Valdés Leal:
Quevedo, el preso prófugo, el aprendiz de muerto
galopa en su esqueleto de caballo (25),

porque a través del espectro de Quevedo, conoce Neruda "la grave osamenta, la muerte física, tan arraigada a España" (26), y la meditación acerca de ella, su relación con el tiempo que hace de la vida presencia de la muerte:

Vivir es caminar breve jornada,
y muerte viva es, Lico, nuestra vida,
ayer al frágil cuerpo amanecida,
cada instante en el cuerpo sepultada (27).

¡Cómo de entre mis manos te resbalas!
¡Oh, cómo te deslizas, edad mía!
¡Qué mudos pasos traes, oh muerte fría,
pues con callados pies todo lo igualas! (28).

Ayer se fue, Mañana no ha llegado,
Hoy se está yendo sin parar un punto;
soy un fue y un será y un es cansado.

(23) *Ibid.*, pág. 16.

(24) *Oda a la tipografía. Nuevas Odas Elementales*. O. C., T. I, pág. 1346.

(25) *El sobrino de Occidente. Cantos ceremoniales*. O. C., T. II, pág. 383.

(26) *Viaje al corazón de Quevedo*. O. C., T. II, pág. 14.

(27) *Antología poética de Francisco de Quevedo*. (Selección de R. E. Scarpa). Espasa-Calpe Arg., pág. 39.

(28) *Ibid.*, pág. 19.

En el Hoy y Mañana y Ayer junto
pañales y mortaja, y he quedado
presentes sucesiones de difunto (29).

Ya no es ayer, mañana no ha llegado,
hoy pasa y es, y fue, con movimiento
que a la muerte me lleva despeñado.

Azadas son la hora y el momento,
que a jornal de mi pena y mi cuidado,
cavan en mi vivir mi monumento (30).

El tema del tiempo y de la muerte viva y la vida mortal es insistente y fundamenta páginas esenciales de su prosa y totales y fragmentos en su poesía. Neruda considera que la metafísica de Quevedo es inmensamente física, lo más material de su enseñanza: "Hay una sola enfermedad que mata, y ésa es la vida. Hay un solo paso y es el camino hacia la muerte. Hay una sola manera de gasto y de mortaja, es el paso arrastrador del tiempo que nos conduce. Nos conduce ¿a dónde? Si al nacer empezamos a morir, si cada día nos acerca a un límite determinado, si la vida misma es una etapa patética de la muerte, si el mismo minuto de brotar avanza hacia el desgaste del cual la hora final es sólo la culminación de ese transcurrir, ¿no integramos la muerte en nuestra cotidiana existencia, no somos parte perpetua de la muerte, no somos lo más audaz, lo que ya salió de la muerte? ¿No es lo más mortal, lo más viviente, por su mismo misterio?" (31). Sobrecoge al poeta este cava en mi vivir mi monumento, la exaltación en claroscuros sucesivos, de la vida como continua muerte y de que sólo lo fugitivo permanece y dura, y ve en ello "el duelo inacabable, su combate de amor y de pasión

(29) *Ibid.*, pág. 37.

(30) *Ibid.*, pág. 38.

(31) *Viaje al corazón de Quevedo*. O. C., T. II, pág. 14.

con la vida y su resistencia hacia la seducción de la muerte. A veces la pasión lo hunde en la tierra, lo hace más poderoso que la misma muerte y a veces la muerte de todas las cosas invade su loco territorio de pasiones carnales" (32). La autenticidad de Quevedo constituye la base de la grandeza del hombre y del poeta, el nacimiento de una poesía que "nutrida de todas las substancias del ser, se levanta como árbol grandioso que la tempestad del tiempo no doblega y que, por el contrario, lo hace esparcir alrededor el tesoro de sus semillas insurgentes" (33).

Otros poetas podrán superar a Quevedo en algunos aspectos: en la innovación formal, Góngora; en la gracia, Juan de la Cruz; en la dulzura, Garcilaso; en la amargura más grande, Baudelaire; en la vivencia más sobrenatural, Rimbaud; pero, "más que en todos ellos, en Quevedo la grandeza es más grande", "una grandeza humana", no "la grandeza del sortilegio, ni de la magia, ni del alma ni de la palabra" (34), la grandeza del hombre que sostiene en su ser la razón y forma de su poesía y lo convierte "en el más popular de todos los escritores de España, más popular que Cervantes, más indiscreto que Mateo Alemán" y cuyo lenguaje popular "está impregnado de su saber político y de su sabiduría doctrinaria" (35).

La verdadera llegada de Neruda a España la constituyó el descubrimiento del temple de Quevedo: "Llegué a Quevedo, desembarqué en Quevedo, fui recorriendo esas costas substanciales de España hasta conocer su abstracción y su páramo, su racimo y su altura y escoger lo determinativo que me esperaba" (36). Había algo que en España le aguardaba, algo que lo determinará, una luz iluminante de aspectos de su

(32) *Ibid.*, pág. 23.

(33) *Ibid.*, pág. 10.

(34) *Ibid.*, pág. 10.

(35) *Ibid.*, pág. 15.

(36) *Ibid.*, pág. 15.

propio ser que apenas intuía, un enriquecimiento en hondura y claridad, una meditación racional y existencial de la muerte y de la vida, que conduce a que los poetas vivan "menos herméticos a través de la muerte, soltando cada vez más esenciales raíces en la profundidad, raíces que van subiendo hacia la superficie y ascendiendo a través de los hombres para mantener las luchas y la continuidad del ser". Se hace conciencia en el poeta chileno, esa "materia, substancia material de España, de la eternidad de España" (37), que vive mediante Quevedo y que Neruda llevaba en la cuna de su sangre sin hasta entonces saberlo. De este modo, las campanas de España vieja y de Quevedo inmortal le permiten reunir su escuela de sollozos, sus adioses a través de los ríos a unas cuantas páginas de piedra en donde estaba ya determinado su pensamiento (38).

No sólo el Quevedo estoico, el Quevedo de la contrición de la amargura y de la fatiga fascina a Neruda, sino en igual medida el Quevedo excesivo del amor. El poeta de los *Veinte poemas de amor y una canción desesperada* siente un rayo que le hiere al leer el rotundo verso final de un soneto quevediano: "Polvo serán, mas polvo enamorado...". Jamás el grito del hombre alcanzó más altanera insurrección, escribe Neruda; nunca en un nuestro idioma alcanzó la palabra a acumular pólvora tan desbordante... Está en este verso el eterno retorno, la perpetua resurrección del amor (39).

Este poeta total es el que descubre Neruda y el que le descubre a Neruda su propia coincidencia entre el ser español y parte fundamental de su ser. Ningún otro poeta, ningún otro prosista de aquella época, le hechiza y mueve a su pluma tan largamente. Ni Cervantes que "saca de lo limitado humano toda su perspectiva grandiosa" (40), ni Lope, a quien recono-

(37) Ibid., pág. 23.

(38) Ibid., pág. 16.

(39) Ibid., pág. 24.

(40) Ibid., pág. 15.

cía su seducción popular (41) y que asume la totalidad de los sueños y de la sabiduría de su época, expresando el crecimiento y la extensión del mundo de esa hora (42), ni la gracia infinita de San Juan de la Cruz (43), ni el viejo Berceo, trovador de la memoria (44), ni Villamediana, el conde dulce de la oda "El desenterrado", el enamorado de la reina, el penden-ciero, tahúr, coleccionista de joyas, de caballos, de cuadros, que cruza "como un relámpago de amatista un minuto de la historia poética, dejando un fulgor de fósforo que atraviesa y rompe las páginas de los libros y los esparce en un pequeño vendaval oscuro" (45), ni Pedro de Espinosa, el poeta andaluz "que puso más esmalte, más zafiro y más pedrería bajo el agua que nadie hasta la fecha" y que en la edad de oro "ilumina con un rayo de amaranto la latitud mojada y brilla su esplendor con todas las piedras preciosas recién salidas de América" (46), le merecen otra consideración que la señalada, aún cuando puedan haberle enseñado algo que constituya el Neruda que no podrá existir sin todos ellos juntos.

En su *Testamento II*, Neruda había declarado el amor por la obra de Manrique, de Góngora, de Quevedo, de Garcilaso, los poetas de la enseñanza del rigor. Ni Manrique, ni Góngora, ni Garcilaso, que comparten su amor con Quevedo, tienen en las referencias de Neruda ni el tono de adhesión, ni la intensidad de las páginas a Quevedo dedicadas.

Si en Góngora admira la innovación formal (47), el juego con la luz de la razón que impone un código estricto, aunque secreto, similar al de la poesía de Shakespeare y a la de Mallarmé (48), y la riqueza dinámica de color ("en Góngora tem-

(41) *Federico García Lorca*. O. C., T. II, pág. 1045.

(42) *Inaugurando el año de Shakespeare*. O. C., T. II, pág. 1112.

(43) *Viaje al corazón de Quevedo*. O. C., T. II, pág. 11.

(44) *Oda a la tipografía. Nuevas Odas Elementales*. O. C., T. I, pág. 1344.

(45) *Viaje por las costas del mundo*. O. C., T. II, págs. 30 y 32.

(46) *Ibid.*, págs. 29 y 30.

(47) *Viaje al corazón de Quevedo*. O. C., T. II, pág. 11.

(48) *Inaugurando el año de Shakespeare*. O. C., T. II, pág. 1113.

blaban los rubíes”) (49) y la riqueza fría de su metáfora inteligente:

no en vano en Córdoba entre arañas
sacerdotales, deja Góngora
sus bandejas de pedrería
aljofaradas por el hielo (50),

por otra parte le acusó de haber ejercido, en 1927, un dominio de hielo que esterilizó estéticamente la gran poesía joven de España (51).

Nada más. Garcilaso es una luz que corre (52), un poeta en cuyos versos la dulzura es agua y fruta (53), mayor que la de Quevedo (54), su único amigo celestial, muerto hace tiempo y que aún anda con armadura (55) y a quien evoca, junto con Ovidio, en las riberas del Danubio, desterrado (56). El recuerdo es acorde con la naturaleza melancólica del poeta del dolorido sentir.

A don Jorge Manrique le dedica una oda entre las *Nuevas Odas Elementales*. El recuerdo del “buen caballero de la muerte” tiene gran fuerza poética:

Era de plata verde
su armadura
y sus ojos
eran
como el agua marina.
Sus manos y su rostro
eran de trigo (57).

Las estrofas de las *Coplas a la muerte de su padre*, para Neruda,

(49) *Toro. Cantos ceremoniales*. O. C., T. II, pág. 409.

(50) *Mina. Canto General*. O. C., T. I, pág. 409.

(51) *Federico García Lorca*. O. C., T. II, pág. 1045.

(52) *Mina. Canto General*. O. C., T. I, pág. 409.

(53) *Viaje al corazón de Quevedo*. O. C., T. II, pág. 11.

(54) *Ibid.*, pág. 10.

(55) *Oda a don Diego de la noche. Nuevas Odas Elementales*. O. C., T. I, pág. 1246.

(56) *Los dioses del río. Las uvas y el viento*. O. C., T. I, pág. 908.

(57) *Oda a don Jorge Manrique. Nuevas Odas Elementales*. O. C., T. I, pág. 1290.

de hierro y sombra fueron
de diamantes
oscuros
y cortadas
quedaron
en el frío
de las torres de España
en la piedra, en el agua,
en el idioma (58).

Al poeta le asigna un desengaño respecto a su sentido de la vida y de la muerte. Hoy es la hora de la vida en que el hombre no está solo, ni sus pasos van "a una solemne / eternidad / vacía" (59). El tiempo oscuro le había cegado el corazón y esas raíces que habían bajado a las tumbas entonces "comieron / con la muerte", mientras que ahora siente que las manos del hombre han elaborado "como si fuera un duro / pan, la esperanza, / la terrestre / esperanza" (60).

Ay
si pudiera
morder una manzana,
tocar la polvorosa
suavidad de la harina.
Ay si de nuevo
el canto...
No a la muerte
daría
mi palabra (61).

Sin embargo, Manrique, el poeta de la vida terrenal "perescedera", de la "vida de honor" o de la fama y del "vivir que es perdurable", del consentimiento en el morir "con voluntad pla-

(58) Ibid., pág. 1291.

(59) Ibid., pág. 1291.

(60) Ibid., pág. 1291.

(61) Ibid., págs. 1290-1291.

zentera / clara y pura" (62), fue también poeta del amor, de la canción dedicada al beso que se recibió estando dormido y que le obliga a decir que "quien durmiendo tanto gana / nunca debe despertar" (63), de la canción del temor de no estar en presencia "pues son olvido y mudanza / las condiciones de ausencia" (64). Neruda descarta en el "solitario trovador" que anduvo callado en las moradas transitorias (65), esa sensualidad juguetona, ese gozo de vida, para reducirle a la dimensión de la poesía de su fama y atestiguarle al poeta chileno la legitimidad de su posición y su canto.

Gracias, dije, don Jorge, caballero.

Y volví a mi deber de pueblo y canto (66).

Otro caballero de la poesía es el hidalgo don Alonso de Ercilla a quien reconoce como maravilloso caballero, grandioso poeta (67) y como nuestro primer novelista criollo, ya que su obra no es sólo "el épico desarrollo de hombres trabados en un combate mortal, no sólo la valentía y la agonía de nuestros padres abrazados en el común exterminio, sino la palpitante catalogación forestal y natural de nuestro patrimonio. Aves y plantas, aguas y pájaros, costumbres y ceremonias, idiomas y caballeros, flechas y fragancias, nieves y mareas que nos pertenecen, todo esto tuvo nombre, por fin, en *La Araucana* y por razón del verbo comenzó a vivir" (68). O como lo dice en su poema *La palabra*, "he aquí que el silencio fue integrado / por el total de la palabra humana", a la que el sentido llena, preña y colma de vidas:

(62) Jorge Manrique. *Coplas a la muerte de su padre* (en R. E. Scarpa. *Lecturas medievales españolas*, págs. 490-491. Ed. Zig-Zag).

(63) Roque Esteban Scarpa. *Lecturas medievales españolas*, pág. 452.

(64) Dámaso Alonso. *Poesía de la Edad Media y poesía de tipo tradicional*, pág. 269. Ed. Losada.

(65) *Oda a don Jorge Manrique. Nuevas Odas Elementales*. O. C., T. I, pág. 1291.

(66) *Ibid.*, pág. 1292.

(67) *Viaje por las costas del mundo*. O. C., T. II, pág. 33.

(68) Latorre, Prado y mi propia sombra. O. C., T. II, págs. 1095 y 1096.

Todo fue nacimientos y sonidos:
la afirmación, la claridad, la fuerza,
la negación, la destrucción, la muerte:
el verbo asumió todos los poderes
y se fundió existencia con esencia
en la electricidad de su hermosura (69).

Nuevo Adán, Ercilla, a través de la palabra y la conciencia, da sentido histórico y eterno a lo que era simplemente vida, lo entronca con la gran tradición cultural de Occidente, con el poema épico, "legado sonoro" (70) para las edades sucesivas. El refinado poeta del amor, el renacentista ligado con todo su ser a la temblorosa espuma mediterránea en donde acaba de renacer Afrodita, "encuentra en Chile, no sólo alimento para su ardiente nobleza, sino regocijo para sus estáticos ojos" (71):

Hombre, Ercilla sonoro, oigo el pulso del agua
de tu primer amanecer, un frenesí de pájaros
y un trueno en el follaje (72).

Porque la historia, en Ercilla, la componen el deslumbramiento ante un mundo nuevo que nombrar y la acción guerrera del hombre, aquello que él registra "con doloroso orgullo" (73), la presencia de un pueblo valeroso que se opone, en nombre de su propio sentido de la vida, a la cultura de que los españoles eran portadores. El Arauco, desintegrado antes de la llegada de Valdivia, se hizo unidad ante el invasor y sostiene esa campaña de sangre que duró trescientos años y que, de sus inicios, Ercilla llevó a la historia y a la poesía (74). La potencia de lo telúrico, detenida y hechizada por el poder momentáneo de la palabra, prevalecerá, gozará de un triunfo

(69) *La palabra. Plenos poderes*. O. C., T. II, pág. 447.

(70) *Latorre, Prado y mi propia sombra*. O. C., T. II, pág. 1096.

(71) *Ibid.*, pág. 1095.

(72) *Ercilla. Canto General*. O. C., T. I., pág. 372.

(73) *Latorre, Prado y mi propia sombra*. O. C., T. II, pág. 1106.

(74) *Viaje por las costas del mundo*. O. C., T. II, pág. 33.

aparente, porque el verbo, que es origen y vierte vida y es sangre que expresa su substancia (75), al final no será vencido y se convertirá en el único testimonio de esa lucha:

Sonoro, sólo tú no beberás la copa
de sangre, sólo al rápido
fulgor de ti nacido
llegará la secreta boca del tiempo en vano
para decirte: en vano.
Todo vuelve al silencio coronado de plumas
en donde un rey remoto devora enredaderas (76).

Neruda, que sigue puntualmente las líneas de la leyenda negra de España ("Antaño / los soldados / de Castilla enlutada / sepultaron América... / España / inquisitiva, / purgatoria, / enfundó los sonidos / y colores, / las estirpes de América, / el polen, la alegría, / y nos dejó su traje / de salmantino luto, / su armadura / de trapo inexorable" (77), "España / inquisidora / negra como águila de sepultura..." (78) no ignora la existencia de oligarquías aztecas e incaicas, de una América dominada por sacerdotes y aristócratas (79) y, en un impulso romántico, exalta un mundo subyacente, infrahistórico, de "hermanos pastorales" (80), de hombre hecho "de piedras y de atmósfera, / limpio como los cántaros, sonoro", de hombres de las islas "tejiendo ramos y guirnaldas / de polymitas azufradas, / y soplando el tritón marino / en las orillas de las espumas" (81), que le permiten al poeta andar por aquella "tierra mía sin nombre", "entre flores zapotecas / y dulce era la luz como un venado / y era la sombra como un párpado verde" (82).

(75) *La palabra. Plenos poderes.* O. C., T. II, pág. 447.

(76) *Ercilla. Canto General.* O. C., T. I, pág. 372.

(77) *Oda a Guatemala. Odas elementales.* O. C., T. I, pág. 1070.

(78) *Oda a la papa. Nuevas Odas Elementales.* O. C., T. I, pág. 1300.

(79) *Viaje por las costas del mundo.* O. C., T. I, pág. 33.

(80) *Amor América. Canto General.* O. C., T. I, pág. 319.

(81) *Los hombres. Canto General.* O. C., T. I, pág. 330.

(82) *Amor América. Canto General.* O. C., T. I, pág. 320.